

El pasado lo guardo en una caja fuerte

Ana Pose

El  
pasado  
lo  
guardo  
en una  
caja  
fuerte



Ana Pose

## Capítulo 1

Hoy día de ilusiones, cumplidas algunas, otras no.

Hoy os regalo a todos los que estáis en este perfil uno de esos relatos que nunca publico. Pero creo que los regalos cuando los hace uno mismo guardan la esencia de quien los regaló.

SU PASADO LO GUARDÓ EN UNA CAJA FUERTE

Rosaura cerró la puerta, salió del portal y avanzó por la acera sin querer mirar a su alrededor. Conocía perfectamente la calle y caminaba con paso ligero. A diferencia de otros barrios el suyo seguía anclado en un pasado que ahora añoraba. Estaba llegando a una encrucijada que enseguida reconoció, miró a su izquierda, y donde antes había una zapatería "de toda la vida" ahora encontró una franquicia de ópticas. Antes de llegar se fijó en una fachada conocida, su viejo escaparate seguía enmarcado en madera, la puerta también de madera tenía un cristal protegido con una rejilla metálica repintada una y otra vez. Por dentro, colgado, un cartel inclinado y casi borrado por el sol, en él se leía, ABIERTO.

Se paró frente al escaparate y un montón de pensamientos se agolparon en su cabeza, los tebeos que se vendían y descambiaban, los cromos, los recortables, aquellas chucherías con nombres poco comerciales como, pastillas de leche de burra, pastillas Juanolas, Sacis, chicles Bazooka, etc. Recordaba la vitrina de cristal bajo el mostrador con cajas de canicas, yoyos, peonzas, indios con largos penachos de colores y animales de plástico (elefantes con la trompa hacia arriba, ovejas tan grandes como caballos, caballos con sus cuatro patas sobre una pequeña superficie de plástico) ¿Ahora?.

Ahora no reconocía nada, entró en la pequeña tienda, bajó el escalón que recordó de aquellos años que era una niña.

\_¡Buenos días! Casi se le entrecortó la voz al saludar, allí estaba ella, cuarenta y cinco años después frente a un mostrador de madera vieja y desgastada. En las destartaladas vitrinas se podían ver, pistolas de juguete, muñecas, pulseras, y ningún artículo que ella recordara. Ni un solo tebeo.

\_Hola, ¿desea algo? Esa frase, de una mujer que ni tan siquiera la miró al preguntar, devolvió al presente a Rosaura.

Salió sin decir nada, volvió sobre sus pasos y sin darse cuenta estaba subiendo los escalones que la dejarían otra vez frente a la puerta de la que fue su casa. Allí estaba, sobre la mirilla, el Sagrado Corazón de un color plateado y debajo aquella placa donde ponía, "Sres. de Gonzalez". Abrió la puerta y un olor familiar volvió a estar presente, estaba en la casa de sus padres.

Su padre había fallecido, casi de un día para otro, como si no quisiera despedirse para poder viajar ligero a un sueño eterno. Su madre había muerto meses antes. A ella ya no la quedaba nadie.

Se quitó el abrigo que dejó sobre una silla que ella recordaba de siempre en aquella entrada oscura y triste. Una cortina, recogida hacia un lado,

impedía que las miradas indiscretas pudiesen saber que había tras ella. Antes, a la derecha, una pequeña cocina de muebles de formica, con una nevera vacía y con la puerta abierta junto a la ventana. Tras pasar la cortina, un pequeño salón comedor con un tresillo de escay y, en el centro, una mesa que ella nunca entendió que la llamaran de libro. Ocupando toda una pared, un mueble bar que el único alcohol que guardaba era anís, una botella de moscatel y una de coñac, según decía su madre, para guisar. Todo lo demás en aquel mueble eran figuras baratas de porcelana, un libro de cocina de fichas encuadernadas y algunas novelas y, ocupando un gran espacio, un televisor muy grande. En los huecos libres de aquella pequeña sala unas sillas que servían para comer sentados a la mesa de libro cuando se levantaba y abría los días de fiesta.

Fue hacia la ventana y corrió hacia los lados las cortinas para que entrara algo de luz. Miró el cuadro que colgaba sobre el sofá de un granate desgastado, era una cacería donde varios perros descuartizaban a un pobre ciervo, a lo lejos un hombre a caballo y al fondo un paisaje de montañas. Junto al mueble, la entrada a un estrecho pasillo, en él se encontraban las puertas a dos habitaciones y al pequeño cuarto de baño. Miró a su alrededor y pensó, ¿vaciar aquella casa para qué?

Después de años de trabajo no quedaba nada. Muebles viejos, nada de valor y sobre todo, ya no la quedaba nadie. Se había quedado sola, tan sola como los días que había enterrado a sus padres. Nadie pudo acompañarla, y aun con la tristeza que sintió en aquellos días, al menos pudo enterrarlos. Era una privilegiada.

Se levantó, fue a la habitación de sus padres y de la pequeña y vieja cómoda cogió el joyero de su madre, allí había unas alianzas de boda, una sortija con una piedra de color verde, unos pendientes con dos perlas que su madre, en su ignorancia, siempre decía: \_son buenos, que son de Majorica.

Todo eso era lo que se llevaría, junto a una caja de papeles y otra de fotografías.

Volvió hacia la entrada, se puso el abrigo, cerró la puerta y al bajar al portal abrió el buzón. Publicidad, más publicidad y dos cartas, una de ellas llevaba como remite el Ayuntamiento, habían concedido a su madre la ayuda a domicilio.

El otro sobre lo abrió ya en la calle, por un momento, se quedó desconcertada.

Aquella carta era la información fiscal que el banco enviaba a su padre. No lo pensó Rosaura y caminó con prisa hacia la entidad bancaria, ella llevaba la cartilla del banco que su padre le había dado en su momento para que se hiciera cargo ella del dinero. \_ Por si tienes que pagar el entierro \_ le había dicho. Se encontró la puerta cerrada pero, vio que dentro de la oficina había movimiento. Sabía que en la cartilla siempre venía el número de teléfono de la oficina y llamó con su teléfono móvil. Por el cristal vio como un hombre mayor, con gafas de pasta, contestaba al otro lado. Tras una conversación en la que Rosaura le suplicaba que le dedicase un momento, el hombre colgó, se levantó de su mesa y fue hacia la puerta.

\_Pase, no puedo atenderla mucho tiempo pero por deferencia a su Señor padre voy a escucharla.

Rosaura le explicó que necesitaba acceder a los movimientos bancarios de sus padres, era necesario que ella comprobase algo. Que como él ya sabía, ella trabajaba y vivía en Francia, había venido para enterrar a su padre. Así fue como aquel señor de gafas de pasta imprimió varias hojas y puso también al día la cartilla que ella le entregó.

\_Señorita, ya tengo los movimientos de la cartilla de ahorros de su padre, también de los movimientos de la cuenta corriente, la información de la cuenta que su padre tenía a plazo fijo y también le he actualizado la libreta que ha traído usted, la que tenía su padre con su madre. Como es usted la heredera, necesita aportar una serie de documentación y pagar los impuestos para que las cuentas sean liberadas.

Rosaura no escuchaba lo que decía aquel hombre, no escuchaba nada. Se había producido un silencio que, por un momento, la aisló del mundo. Allí estaba ella, con toda esa información e incapaz de procesarla.

\_Su padre tenía, una cuenta con sesenta mil euros, un plazo fijo de cuatrocientos mil euros, en la cuenta corriente veintidós mil euros y, la cartilla que usted trajo y que eran titulares su padre y su madre, se la he actualizado, tiene un saldo de nueve mil quinientos treinta euros.

¿Supongo que también tendrá usted la llave de la caja fuerte? Señorita, ¿está usted bien? Como le decía, su padre tenía una caja fuerte en el banco desde hace años. Pero, no se preocupe, si no sabe donde está la llave cuando tenga la declaración de herederos también se abrirá la caja para que usted retire lo que en ella se guarda.

\_¿Una caja fuerte? Es lo único que acertó a decir Rosaura.

Habían pasado ya dos meses desde aquel día, en que Rosaura había cerrado para siempre la casa en la que sus padres habían vivido de alquiler. Dos meses desde que supo de la existencia de un dinero del que ella no tenía ni idea que su padre tenía. Dos meses desde que supo que había una caja fuerte alquilada en el banco y, desde hacía muchos años, a nombre de Juan Francisco González.

Ahora estaba a punto de asistir a la apertura de aquella caja. El director de la sucursal acompañaba a Rosaura y tras abrir la caja, la dejó allí sola para que averiguara el contenido. \_¿Qué tenía su padre que esconder en una caja fuerte de un banco?

Sin pensarlo dos veces sacó de la caja un cajón metálico y alargado y allí estaba el secreto que había sido guardado durante años. Un recorte de periódico hablaba de que había huido el "ladrón obrero de bancos". Durante dos años aquel ladrón había robado en varios bancos de la capital vestido de pintor, con una boina calada y como única arma lo que se supo, tras el último atraco, era una pistola de juguete. Se le atribuyeron varios millones de pesetas robados y al igual que había surgido aquel ladrón también había desaparecido sin dejar rastro. Debajo de la hoja del periódico encontró una carta con su nombre. La abrió y tuvo la certeza de que había sido escrita por su padre, su caligrafía no dejaba dudas.

"Hija, el pasado solo nos pertenece a nosotros, debes saber que mi pasado ha sido también mi condena. Siempre tuve miedo pero no a ser

apresado y condenado, tuve miedo a que tu descubrieras que tu padre había sido un ladrón. Por eso guardé mi secreto, por eso a tu madre le hice creer que debíamos vivir en ese piso de alquiler porque el sueldo de un pobre pintor, de brocha gorda, no daba para más. Vivimos modestamente para que tu vivieras bien pero, me acobardé y quise envejecer libre y sin que tu me juzgaras. Por eso hija te pido perdón. Ahora que ya eres una mujer, una gran periodista, ahora tienes una historia para contar o una historia para guardar. Tu padre que te quiere.” Rosaura, cerró la caja fuerte, en ella dejó el recorte de periódico de aquel año 1.968 y también la carta manuscrita. Entró en el despacho del director y liquidó las distintas cuentas que allí tenía su padre abiertas, dejó vigente y activa la caja fuerte. Salió de la entidad, en el cajero automático del vestíbulo se encontró un pintor vestido de blanco, con la ropa manchada de diferentes colores de pintura. Ella le guiñó un ojo y el hombre no daba crédito. El sonriente gesto de Rosaura pasaba desapercibido, la mascarilla todo lo tapaba. Esa misma tarde volaría a su casa, en París. Ana Pose.